serie
Los siete mares

12 años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Luis Darío Bernal Pinilla

Juan Periquito en tercer grado

Ilustrado por Richard León Leonice
y Luis Camilo León

Fundación Editorial
el perro y la rana

Ⓒ Luis Darío Bernal Pinilla
Ⓒ Fundación Editorial El perro y la rana 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Ilustración
Ⓒ Richard León Leonice y Luis Camilo León

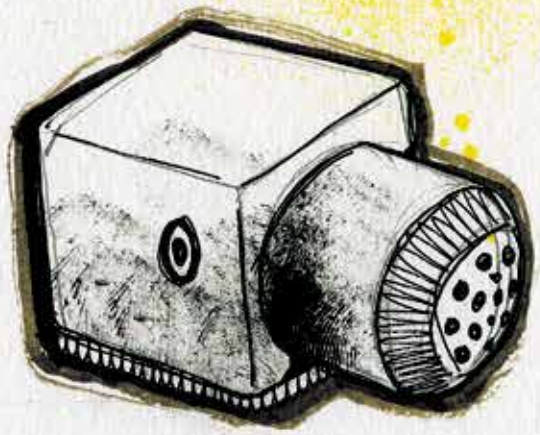
Edición
Yanuva León
Corrección
Rodolfo Castillo
Diagramación
Maria Victoria Sosa M.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal:DC2018001489
Isbn: 978-980-14-4265-3

Esta licencia permite la redistribución, comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Luis Darío Bernal Pinilla

Juan Periquito en tercer grado



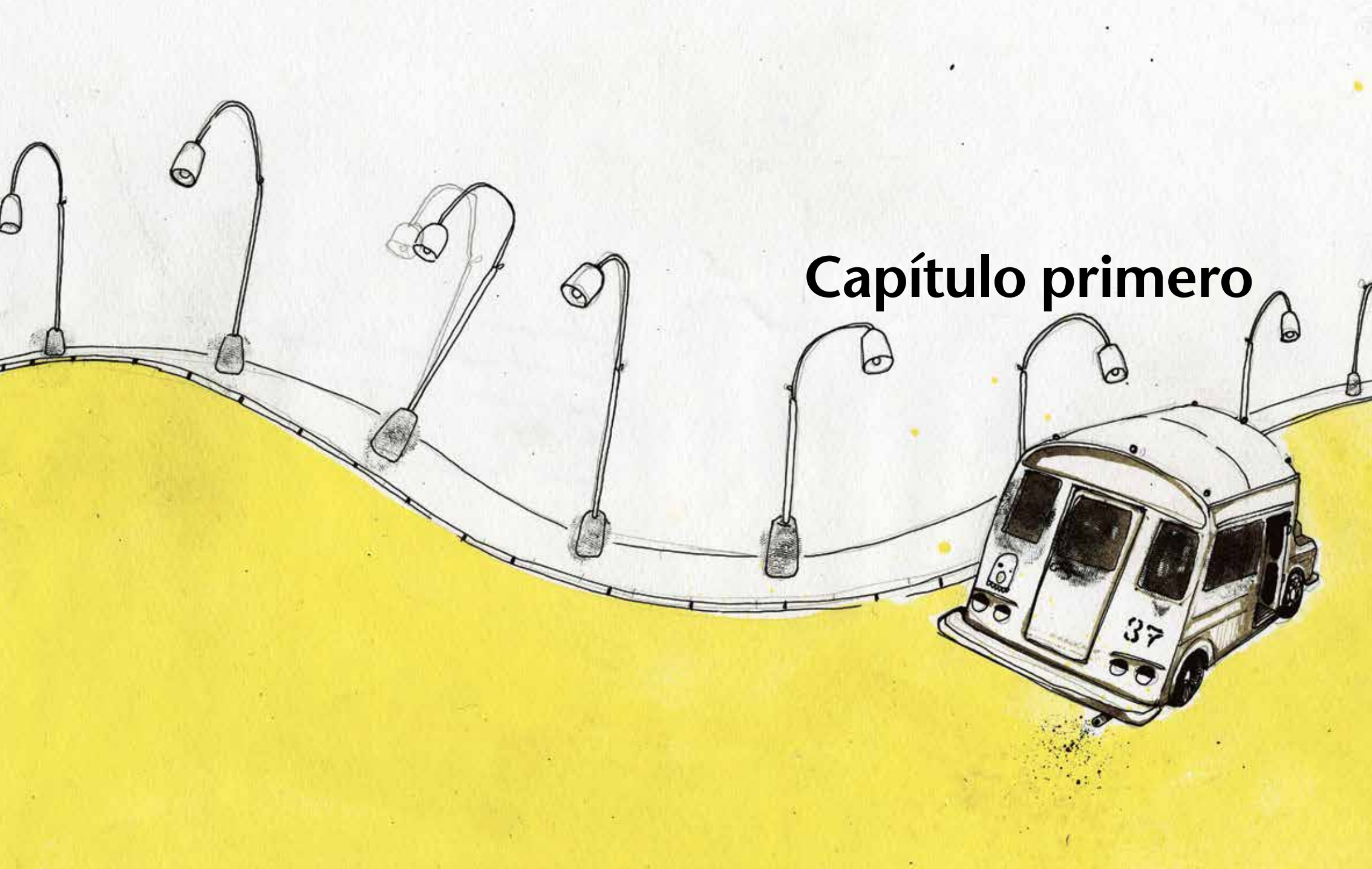
Ilustrado por
Richard León Leonice y Luis Camilo León

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



Capítulo primero

Todo comenzó el día que Luis Fernando decidió cambiar de nombre. Por eso aquella mañana, cuando Belén lo llamó a desayunar, no quiso responder.

La empleada, preocupada por lo avanzado de la hora, subió a la habitación para saber por qué Luis Fernando no contestaba. Cuando lo descubrió sentado en la cama, vestido, peinado, lustrado y con el morral a la espalda, se sorprendió de tanto juicio.

Pero más le extrañó que, a pesar de ello, aún permanecía en su cuarto.

—Luis Fernando, ¡apúrese!, que ya casi llegan por usted —le habló desde la puerta.

Al ver que no reaccionaba, Belén decidió acercarse al niño:

—Luis Fernando, baje ya si no quiere que lo deje el bus. Después, yo no sé quién diablos lo va a llevar al colegio —concluyó Belén.

Pero el niño la miró como si no entendiera nada de lo que la mujer le hablaba.

—¿No me oye, caramba? Que ya son las seis y cuarenta y usted sin desayuno —subió el tono Belén.

El niño, que parecía autista, la seguía mirando como si no fuera con él, cual si estuviese solo en su habitación, con una inexpresiva cara que colmó la paciencia de la empleada.

—¡¡¡Por qué no me contesta, Luis Fernando!!! —estrelló la mujer un grito contra los ojos del niño.

—¡¡¡Porque no me llamo así!!! —contestó con un berrido que retumbó en toda la casa.

—Ah no, ¿y entonces cómo se llama? —se calmó un tanto Belén al constatar que Luis Fernando, por lo menos, no se había vuelto mudo y que lo que quería era jugar un rato.

—Me llamo Juan Periquito —contestó.

Cansada de gritar y preocupada porque el niño estaba a punto de perder el transporte del colegio, Belén no quiso discutir.

—Bueno, Juan Periquito o como se llame, baje ya si no quiere irse en ayunas.

Como si no hubiese pasado nada, Luis Fernando corrió escaleras abajo y en un santiamén devoró el desayuno que la mujer le había preparado, tan rápido que, unos minutos después, cuando el bus pitó frente a su casa, el niño estaba sorbiendo el último residuo del jugo de naranja.

Ya en el transporte, el pequeño miró hacia Belén, quien sintió un gran alivio cuando vio que el automotor arrancaba y que llevaba adentro al niño de la casa. Sonriente, con deseo de quitarse la tensión, y ante la sorpresa de todos los pasajeros y del conductor, le gritó:

—Adiós, Juan Periquito, que le vaya bien.

—¿Juan qué? —le gritó el pecoso Ramírez a Luis Fernando al escuchar a la mujer y ver que su compinche se acercaba, sin mutarse, a su puesto.

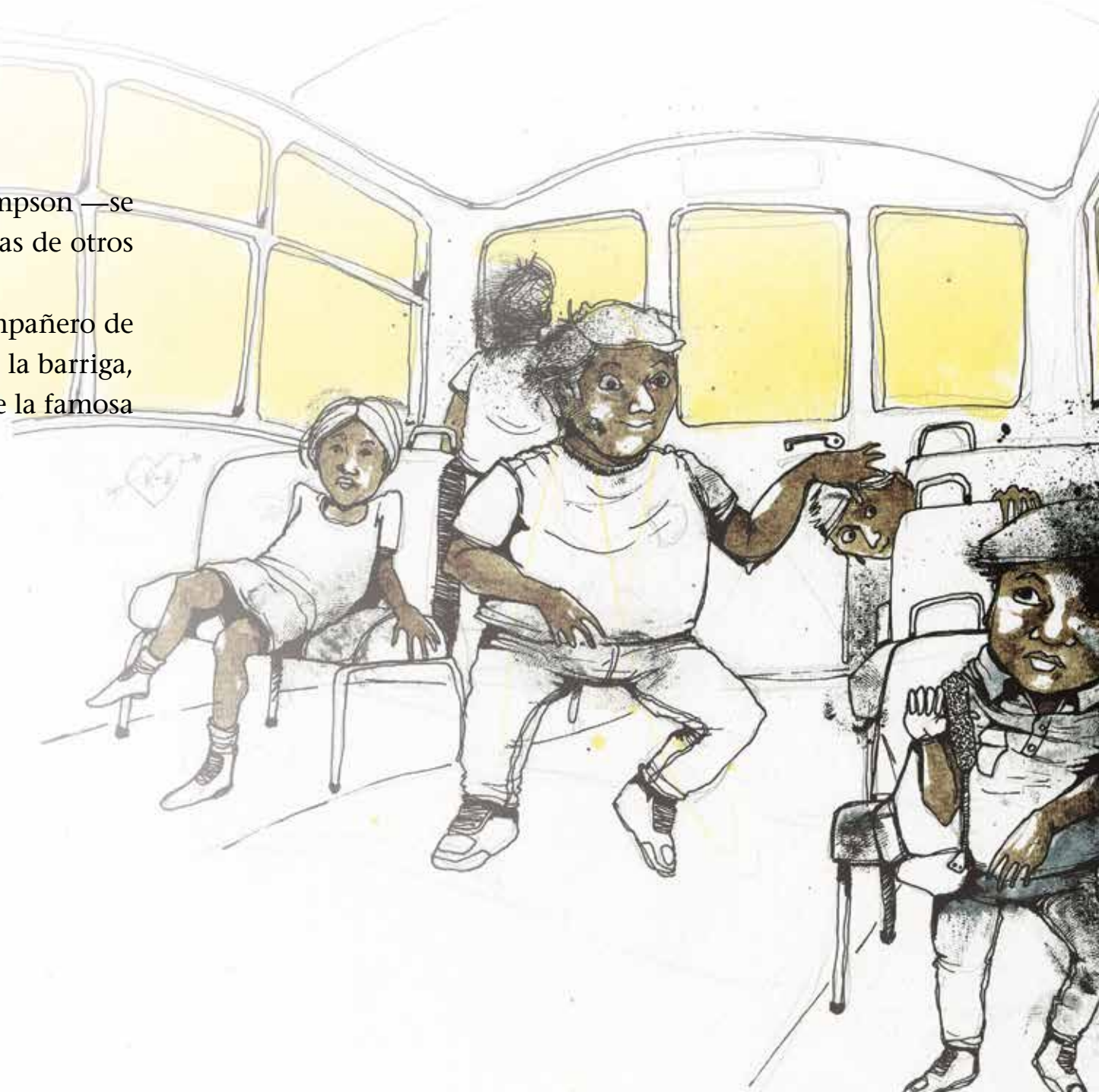
—¿No oíste, sordo?, Juan Periquito —contestó.

—Pero..., por qué te llamó así... ¿Juan Periquito?

—Porque ese es mi nombre —enfatizó el niño.

—¡Ah sí!, y yo me llamo Homero Simpson —se burló su amigo en medio de las carcajadas de otros niños.

— Y yo soy Shakira —saltó otro compañero de Luis Fernando, moviendo graciosamente la barriga, imitando los ademanes y contorsiones de la famosa cantante.



Capítulo segundo

—¿Y para qué sirve la madera? —alzó la voz la señorita Margarita cuando escuchó un murmullo, en ascenso, en la parte de atrás del salón de tercer grado.

—Para hacer los árboles, profe —se escuchó la voz inconfundible de Nicolás, quien llevaba toda la mañana iluminando, con un haz de luz láser, las piernas y las nalgas de la maestra, cada vez que esta se volteaba hacia el tablero.

Como las risas, retenidas desde hacía rato, estallaron a lo largo y ancho del salón, la señorita Margarita no tuvo más remedio que acompañar a los muchachos inventando una decorosa y hábil salida.

—Muy bien, Nicolás, dime ahora nombres de árboles que se puedan fabricar con la madera —lo miró de frente.

—Yo no sé, profe, pero si usted tampoco sabe, le voy a hacer el favorcito de averiguarle en Internet

para mañana —soltó de nuevo el pequeño y gangoso Nicolás, acostumbrado a no perder una.

—Y tú, Luis Fernando, ¿tú sí sabes para qué sirve la madera? —preguntó la señorita Margarita al niño, a quien tenía en ese momento a su lado.

Como si no fuera con él, el pequeño siguió pintando tarántulas en los márgenes de las páginas de su libro de Ciencias Naturales.

—¿No me oíste, Luis Fernando?, ¿qué cosas útiles se pueden fabricar con la madera? —repitió con paciencia.

El pecoso Ramírez, preocupado por su amigo, quien seguía como una tumba, salió en su ayuda.

—Es que... Luis Fernando ya no se llama Luis Fernando, profe —aseguró con cierta pena el niño.

—¡Ah no!, y ahora cómo se llama, ¿el mudito Amézquita? —se le ocurrió decir a la señorita, pensando que la jornada no iba a ser muy fácil, que era uno de esos días como para regalárselos al enemigo, en los cuales sus alumnos amanecían

especialmente burlones, cansones, mamones, como decían ellos mismos.

—Me llamo Juan Periquito, profe —contestó serio Luis Fernando, mirándola fijamente a la cara.

—¿Y quién te bautizó de nuevo? —se decidió a seguir el juego la maestra segura de que así lograría, como en tantas oportunidades, controlar la situación.

—Yo —contestó con orgullo—, estaba cansado del nombre que me pusieron mis padres —remató con seguridad.

— ¿Y de dónde sacaste ese nombre tan... curioso? —no encontró otro adjetivo la señorita Margarita.

—De un libro que estaba leyendo mi papá anoche —aclaró.

—Pero..., me imagino que mañana volverás a ser Luis Fernando, ¿no es cierto? —trató, con el mayor tino y cariño, de manejar la situación ante la evidencia de que empezaba a complicársele.

—¿Usted cuánto hace que se llama Margarita, profe? —la interpeló el niño.

—¡Ufff!, hace como cuarenta y pico de años —se sorprendió de la pregunta de su alumno, en tanto, medio curso comenzó a chiflarla y a gritar:

—La profe ya está cucha, la profe ya está cucha.

—¿Y no se ha cansado nunca de ese nombre, profe? —la dejó en ascuas Luis Fernando, pensando en algo que jamás le habían preguntado.

—Pues... a veces sí —salió del paso la señorita—, pero…, es que uno no puede cambiar de nombre cada día, o cuando amanece aburrido. El nombre es lo que nos identifica —dijo, pero segundos más tarde se arrepintió de la palabrita.

—¿Lo que nos qué, profe? —saltó "Dientón" Carrasco, siempre atento a cualquier palabra rara, para preguntar por su significado.

—Lo que nos identifica, es decir, lo que hace que cada uno sea único y diferente a los demás —aclaró la señorita Margarita.

—¿Como la cabezota del profe de Inglés? —preguntó con sorna el gordo Jiménez.

—¡Claro, hermanito, por eso lo llaman Dios! —agregó con picardía Nicolás.

—¿Cómo así, Nicolás? —preguntó ingenua Margarita.

—Porque no tiene figura corporal como nosotros —aclaró Nicolás, mientras medio curso soltaba la carcajada.

Y la profesora pensaba, con pena, en el cuerpo un tanto deforme del docente de Idiomas quien, además de haber tenido parálisis infantil y un accidente de automóvil, ya adulto, había alterado visiblemente sus facciones.

—Bueno..., bueno —intervino Margarita, tratando de desviar la atención de los niños hacia otra imagen—, estábamos hablando de Juan Periquito y decíamos que mañana, seguramente, Luis Fernando recobrará su nombre original, ¿no

es cierto? —concluyó dirigiéndose de nuevo al pequeño.

—No, profe, no puedo —respondió con seguridad el niño.

—¿Y por qué no puedes? —se sorprendió la señorita de la firmeza con la cual le había contestado.

—Porque anoche, como usted nos dijo, hablaron de los derechos del niño en la tele.

—Eso es verdad, Luis..., perdón, Juan Periquito. Yo también vi el programa. Pero, ¿qué tiene que ver eso con tu nuevo nombre? —indagó la maestra.

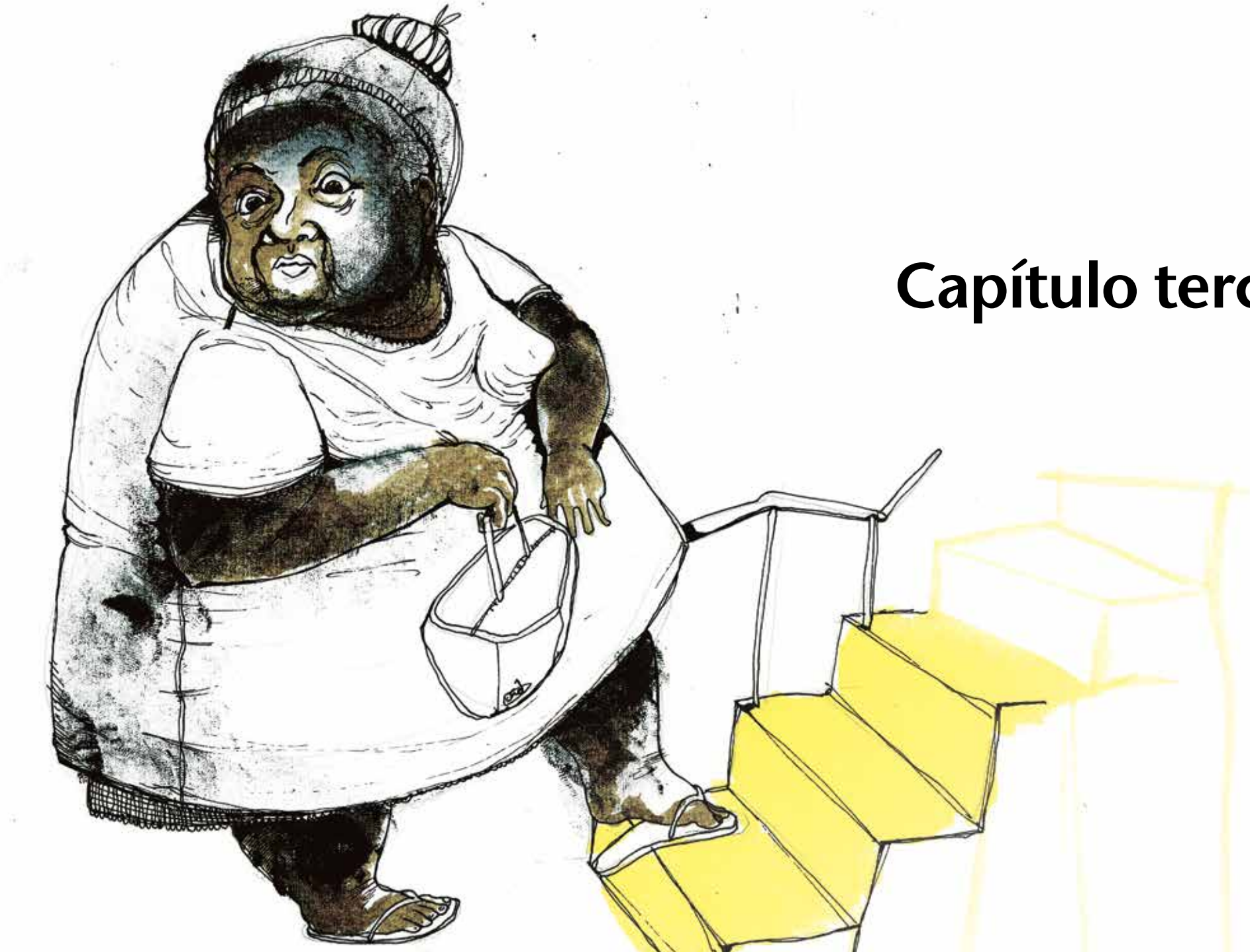
—Pues que dijeron que todos los niños teníamos derecho a que los adultos nos respetaran.

—Y yo estoy de acuerdo —asintió ella—, pero no entiendo qué relación tienen los derechos de los niños y niñas con el cambio de tu nombre.

—Claro, profe, porque mis padres me irrespetaron, se aprovecharon de que yo no sabía hablar y me pusieron ese nombre tan feo. A mí el que me gusta es Juan Periquito.

—Bueno... —se quedó pensativa Margarita ante la sólida argumentación del pequeño—, pero es que cuando uno acaba de nacer, necesita que alguien lo ayude y tome decisiones...

—Por eso —le rapó la palabra el niño—, como yo ya soy crecidito y no necesito ayuda, he decidido desde hoy llamarme Juan Periquito, profe. No se le olvide.



Capítulo tercero

—¿Sí sabes la última de tu hijo? —la señora Cecilia, madre de Luis Fernando, hizo cara de algo terrible.

—Por tu rostro debió matar a una monja, como mínimo —contestó burlón el padre del pequeño, quien gozaba con las travesuras de su hijo, siempre que no le hicieran daño o humillaran a alguien.

—Ahora ya no se llama Luis Fernando, como le pusimos en la iglesia —anotó la señora Cecilia, agobiada, como si realmente el muchacho hubiese cometido un crimen— desde hoy dijo que se llamaba Juan Periquito.

Ildefonso soltó la carcajada, recordó que de niño le gustaba cambiarles los nombres a las personas y a las cosas, con lo cual causaba todo tipo de conflictos familiares.

A su memoria llegó el día que decidió decirle "pelota" a la empleada de su casa. La mujer soportó un rato el curioso apelativo que hacía alusión a su cuerpo voluminoso, pero cuando fue a la tienda del

barrio y escuchó a los amiguitos de Ildefonso gritarle por toda la calle ¡pelota!, ¡pelota!, montó en cólera.

El episodio casi termina en tragedia, cuando la mujer, días más tarde, recordaba Ildefonso, asustada al ver que el niño le disparaba con una pistola de agua llena de tinta china, levantó la plancha para defenderse y, sin querer, quemó levemente la mano del pequeño.

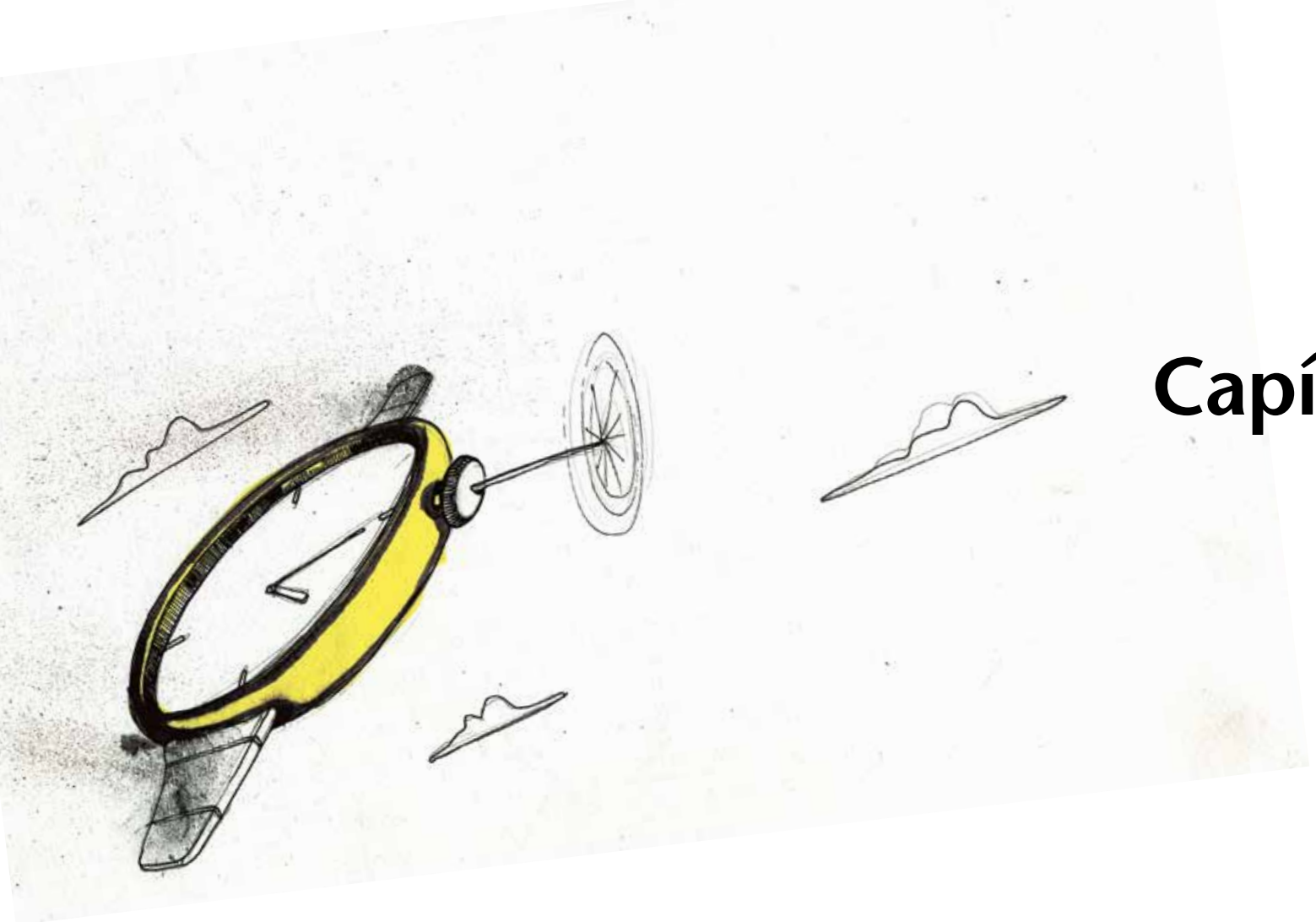
—¿Juan Periquito? —preguntó Ildefonso sin dejar de reír.

—No sé qué te parece tan gracioso. Mira que por ese chistecito, esta mañana casi no va al colegio —replicó su esposa.

—¿Cómo así? —se preocupó Ildefonso, quien, amante del estudio y el conocimiento, vivía pendiente y orgulloso de los avances académicos de su hijo.

—Pregúntale a Belén, la pobre casi tiene que mandarlo en ayunas al colegio por el dichoso cuento del cambio de nombre —denunció Cecilia.

Cuando Ildefonso escuchó a la mujer narrar con pelos y señales su angustia matinal, volvió a reír, pero prometió a su esposa hablar con su hijo.



Capítulo cuarto

Cuando la profesora Margarita terminó de repartir las hojas, volvió a su escritorio diciendo:

—¡Silencio!, ¡silencio!, tienen media hora para hacer el ejercicio. ¿Hay alguna pregunta?

Entonces, tres manos se levantaron por encima de las cabezas de los cuarenta y dos alumnos restantes. La primera era la de Luis Fernando. Al ver su cara de "yo no me llamo así", la maestra recordó el episodio del día anterior y se dirigió al escritorio del niño, dispuesta a meter en cintura al pequeño.

—¿Qué te pasa? —se paró frente al niño, con cara de pocos amigos.

—Que esto no es para mí —contestó muy serio Luis Fernando, devolviéndole la hoja a la profesora.

—¿Ah no?, y entonces ¿quién es Luis Fernando Amézquita? —levantó la voz la maestra, mientras ondeaba a los cuatro vientos la hoja del niño.

—Era un niño que tenía un nombre muy feo y que hoy se llama Juan Periquito —respondió el pequeño.

—Bueno, Juan P....., Luis Fernando, ya está bueno del jueguito, mira que hoy no estoy de mucho aguante, tengo dolor de cabeza…

—¿En todo el cuerpo, profe? —interrumpió Nicolás, logrando como siempre la hilaridad de sus compañeros.

La señorita, quien realmente no había amanecido de buen ánimo, casi lo fulmina con la mirada.

—¿Y tú, Ana María? ¿No me dirás que tampoco te llamas así? —exclamó la docente ante los vivos ojos de la pequeña.

—¿Cómo lo supo, profe? —contestó al rompe la mejor amiga de Luis Fernando, mostrándole a la señorita Margarita, con orgullo, su nuevo nombre en la pasta de su cuaderno de Matemáticas.

—*Mecánica Popular* —leyó Margarita y se rió para sus adentros al notar que la niña, siguiendo el ejemplo de su amiguito, se había rebautizado con el nombre de la famosa revista automotriz. Sin duda,

concluyó la maestra, era la lectura de su padre, un conocido corredor de autos.

—Y tú, Nicolás Rojas, ¿cómo te llamas hoy? —preguntó con cierta burla la profesora, retomando el juego de los muchachos.

—Yo, profe, era Nicolás Rojas, pero ahora soy Nicolás Mojado —puntualizó con picardía el pequeño.

—¿Y eso por qué? —preguntó la señorita, quien conocía de sobra al personaje.

—Porque como no me dejó salir hace un rato, me oriné —contestó algo apenado el pequeño.

—¿Y ahora qué quieres? —lo encaró la profesora.

—Ir a terminar, profe —aclaró el niño, corriendo hacia la puerta del salón, agarrándose a dos manos el pantalón, en medio de la silbatina del curso.

—Ve Nicolás, pero no te demores que debes terminar el ejercicio de Matemáticas —contestó la docente—; y ustedes dos —señaló a Ana María y a Luis Fernando—, acérquense a mi escritorio.

Durante algunos minutos, mientras el resto de niños se dedicaba a responder las tres preguntas del ejercicio y Nicolás finalizaba su evacuación, la señorita Margarita esgrimió toda suerte de argumentos para convencer a los dos niños de que retomaran sus nombres de pila, temerosa de que el ejemplo cundiera por todo el curso.

Capítulo quinto

Ildefonso no pudo conversar esa noche con su hijo, ya que había llegado tarde del periódico. La agitada situación del país lo obligaba a permanecer hasta muy entrada la noche en la redacción del diario, era el director de la página política. Pero, contra lo que suponía su esposa, el periodista no había olvidado las pilatunas de su hijo, por ello, muy temprano en la mañana, decidió ir a la habitación de Luis Fernando.

—Luis Fernando, hijo, despierta —le dijo casi al oído, estampando un suave beso en la frente del pequeño.

El niño se despertó sobresaltado y sorprendido de ver las gafas de Ildefonso contra sus ojos, botó las cobijas a un lado, creyendo que lo había dejado el bus. Sabía que lo único que su padre no le perdonaba era faltar sin razón al colegio.

—Ya voy, papi, ya me baño —exclamó como un autómata, agitado y parándose de un salto ante

los cariñosos ojos de Ildefonso, quien lo agarró por los hombros, tranquilizándolo.

—No, mi amor, no te ha dejado el bus... ni estás atrasado, así que cálmate y charlemos un instante, mi querido Juan Periquito...

—¡Ah!, ya me imagino que te fueron con el cuento —hizo un gesto de disgusto Luis Fernando—, de seguro que fue la chismosa de la Belén.

—No, camarada —respondió su padre, quien con frecuencia lo llamaba así—, ni Belén es chismosa ni fue ella quien me contó tu ocurrencia. Ha sido la comunicativa señora Cecilia de Amézquita, tu adorable madre, quien me dijo que casi te deja el bus por cambiarte de nombre... ¿Cómo fue eso? —lo miró serio Ildefonso.

—No fue así, papi —rechazó el niño—, es que como tú siempre me has hablado del respeto a los niños y a sus ideas, decidí cambiarme el nombre —se sentó el pequeño en el borde de la cama y habló con tono doctoral.

—Está bien, camarada. ¿Y eso por qué? —se arrodilló Ildefonso frente al niño.

—Bueno, papi, porque vi un programa de televisión sobre los derechos de los niños y ya no quiero llamarme Luis Fernando, tengo derecho a llamarme diferente, ¿no es cierto? Y ahora soy Juan Periquito.

—Muy bien, camarada. Eso quiere decir que al final del año, cuando te entreguen el cartón de excelencia, quieres que allí diga:

"Diploma de Honor
por su aprovechamiento, intachable conducta
y modales distinguidos
al alumno
Juan Periquito Amézquita Ramos".

—Sí papi, y lo mismo quiere Ana María.

—¿Qué quieres decir?, ¿que Ana María también se llama ahora Juan Periquito? —exclamó Ildefonso

quitándose las gafas, como hacía cuando algo lo sorprendía.

—No, papi, no seas tonto. Digo que ella ya no se llama Ana María. Se llama *Mecánica Popular.*

—Me imagino —soltó la carcajada Ildefonso—, eso es lo único que lee Julio, *Mecánica Popular* —no paraba de reír el periodista.

—Entonces qué, papi, ¿te gusta mi nuevo nombre? —preguntó el pequeño.

—Pues tanto como que me guste, no. Pero te propongo un trato, camarada.

—Sí, papi —contestó con alegría Luis Fernando, a quien le fascinaba hacer tratos con su padre. La mayoría de las veces aquellos convenios terminaban en una heladería, un parque de diversiones, una librería, un cine o un almacén de juguetes, y por qué no, una piscina de alguna población cercana.

—Mira, hijo, te seguirás llamando Juan Periquito hasta el próximo sábado. Ese día por la tarde, cuando vuelva del periódico, vamos donde tú quieras y

conversamos sobre tu nuevo nombre. Si luego de nuestra charla te convenzo de que vuelvas a llamarte Luis Fernando, así será. ¿Aceptas?

—Claro, papi, y si después de nuestra conversación de hombre a hombre yo gano, seguiré llamándome Juan Periquito —se levantó de un brinco con aire triunfalista y salió corriendo hacia el baño, mientras iba quitándose la camisa de la pijama.

Capítulo sexto

—¡¡¡La qué, Oriana!!! —pegó un grito Margarita, tan sonoro que una aseadora del colegio que realizaba su labor cerca de la ventana de tercer grado soltó un balde lleno de agua sobre el piso y acudió al salón, creyendo que le había dado un ataque a la profesora.

La razón era otra. Cuando la maestra comenzó a pedir en orden alfabético el ejercicio de Sociales, se dio cuenta de que Luis Fernando y Ana María habían dado pie para que otros niños del curso se cambiaran de nombre. Pero, mientras pensaba cómo conjurar la revuelta, decidió gozarse los nuevos nombres que habían escogido. Pensó que no hay mal que por bien no venga y que era la forma más eficiente de saber las lecturas de los padres de

sus alumnos, para utilizar esa información y motivar a la lectura a sus niños.

Sin embargo, cuando escuchó a Oriana, una bella morena de ocho años despierta y habladora, hija de un popular actor de televisión, su alegría se derrumbó de golpe.

La pequeña, quien acompañaba a su padre con frecuencia a algunos ensayos y era la mascota de muchos actores, no había encontrado un nombre más apropiado para cambiarse el suyo que el de la picante obra del escritor francés Jean-Paul Sartre.

—*La prostituta respetuosa* —repitió Oriana, con todas las letras, sorprendida de la exaltación de su profesora.

—¿Y de dónde tomaste ese nombrecito..., niña? —no hallaba cómo preguntarle, aterrorizada por una situación que empezaba a salirse de sus manos.

—De acá —respondió con la mayor naturalidad la pequeña, sacando de su morral la última edición de la obra de teatro del famoso escritor europeo.

—¿Y tú le dijiste a tu papá el nombre que ibas a escoger? —trató la profesora de buscar el camino para proponerle a Oriana un cambio, reconociendo que nunca había oído hablar del libro que tenía en sus manos y luego de descubrir, al solo abrirlo, que el padre de Oriana lo estaba leyendo.

—No profe, me mata —respondió de inmediato la pequeña, rapándole el libro a la señorita Margarita.

—¿Por qué? —creyó la señorita que había encontrado luz verde a su necesidad de que Ana María cambiara de nombre.

—Porque como llegó tarde del ensayo, yo aproveché que estaba dormido y me lo traje, pues no pude aprenderme bien el nombrecito, profe, es muy raro —aclaró la pequeña.

—Magnífico —respiró la profesora Margarita, quien acababa de concebir una estrategia para controlar la situación.

—¿Le parece magnífico mi nombre, profe?— dijo la niña con alegría.

—Más o menos, mi amor —acertó a contestarle a Oriana—, pero para que no tengas problemas con tu papi por haberte traído el libro sin su permiso, para mañana tú, "Prostituta Respetuosa" —se acercó a la pequeña y pronunció con temor la palabra, temerosa de que alguien la escuchara— escoges el título de otro libro de la biblioteca de tu papá y te cambias ese nombre.

—¿Y qué hago con esto, profe? —señaló Oriana la obra del filósofo francés.

—Muy fácil —le habló en tono confidencial la maestra—, cuando llegues ahora a tu casa tomas este libro y lo pones con cuidadito donde lo había dejado tu padre... y ya está —sintió la señorita

Margarita un reato de conciencia, como si estuviera enseñando algo indebido.

—Bueno, profe —aceptó la niña, mientras Margarita respiraba profundo.

Y pensaba que solo convirtiendo el invento de Luis Fernando en ejercicio de toda la clase, podría terminar con el cuento de Juan Periquito.

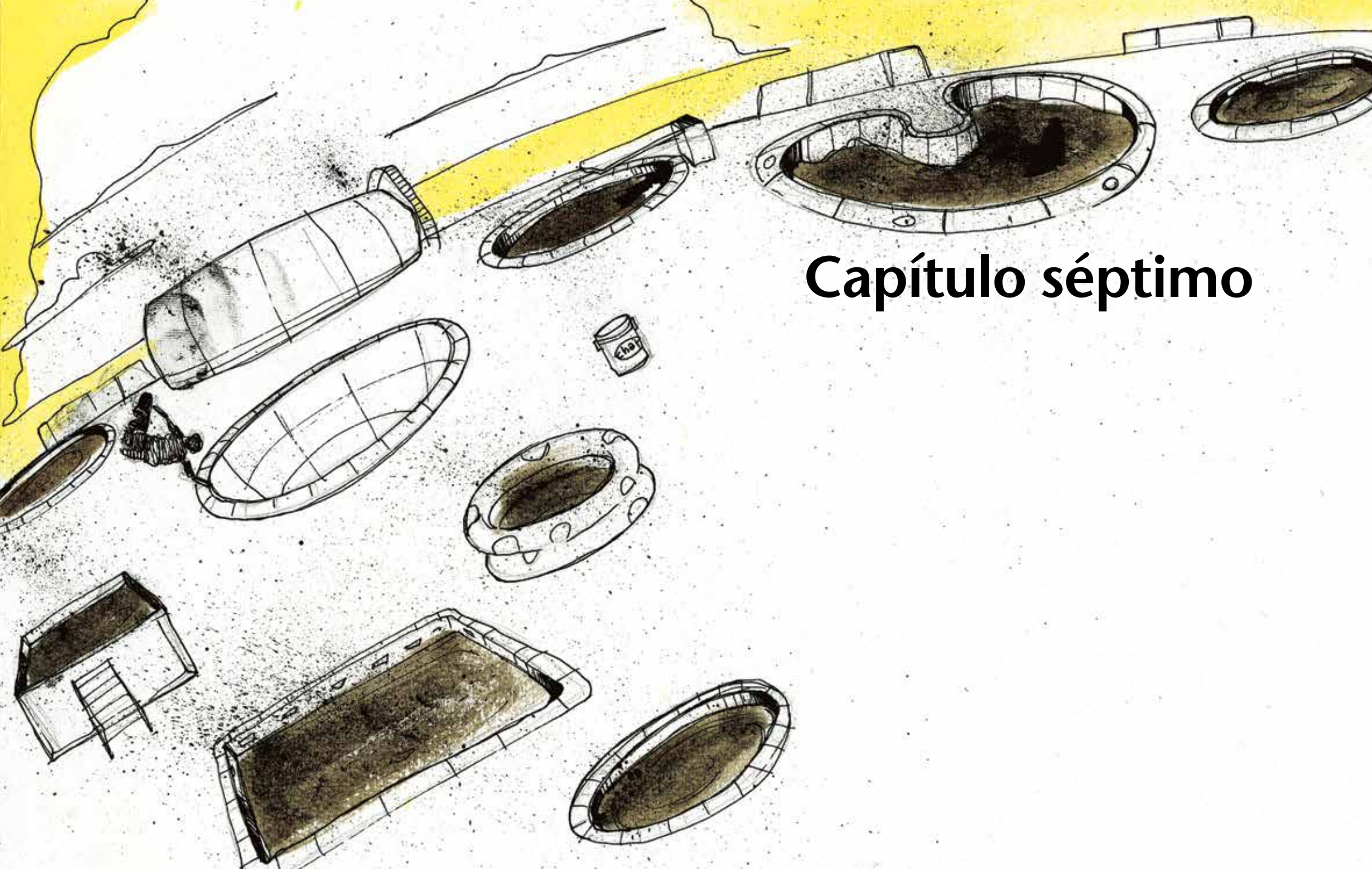
—Y aquellos que no se han cambiado de nombre —alzó el rostro y la voz la profesora, mirando de manera panorámica a todo el curso— vamos a jugar a que todos, para el viernes, vamos a tener un nuevo nombre, ¿está claro? —y agregó, para evitar problemas—. Pero un nombre que todos entendamos.

—Sí, profe —contestaron muchos que no se habían atrevido a seguir el ejemplo de Luis Fernando y Ana María, mientras se dirigían a la puerta del salón felices de la decisión de la profe. Margarita, por su parte, se encaminó a buscar en la biblioteca del colegio el libro *La prostituta respetuosa*.

—Usted, profe —se le acercó Luis Fernando, en tanto los demás alumnos pugnaban por salir—, ¿también se va a cambiar de nombre? —preguntó contento el pequeño.

—Seguramente..., Juan... Periquito —titubeó—. Pero si no arreglo este jueguito antes de que se den cuenta las directivas, lo que voy a tener que cambiar es de colegio —masculló entre dientes, sonriendo un tanto preocupada, pensando que pronto llegarían las primeras comuniones.

No se atrevía a imaginar lo que sucedería si los niños continuaban con la ocurrencia de Luis Fernando de cambiar de identidad.



Capítulo séptimo

Ildefonso, instalado frente a su hijo en una pizzería, no pudo convencer a Luis Fernando de dejar de llamarse Juan Periquito, a pesar de que acudió a todo tipo de argumentos. Por último, cuando trató de utilizar el soborno prometiéndole llevarlo a la piscina del club campestre del diario, el niño reaccionó:

—No, papi, yo me siento bien con el nombre de Juan Periquito —confirmó el pequeño—, ni porque me lleves a cien piscinas vuelvo a llamarme como antes —se enserió el niño—, tú siempre me dijiste que luchara por mis ideas, papi.

Ildefonso se sintió orgulloso de la firmeza de su hijo. No le cabía en la cabeza el nombrecito que había escogido, pero el pequeño lo había puesto a pensar a él, que vivía reflexionando y escribiendo sobre la vida del país y la actitud de sus gentes y de sus dirigentes.

Luego de un rato, silencioso y derrotado en su intento, el periodista empezó a pensar en cómo convencer a su esposa de que el niño, en principio,

tenía razón en su argumentación. Finalmente, acudió a una propuesta, de acuerdo con Luis Fernando, que tuvo éxito y que sería la solución al problema.

—Bueno, Juan Periquito —habló con decisión—, te voy a respetar tu derecho y veré que en la casa todos te llamen así pero, si en el colegio te ponen problemas, tendrás que volver a tu antiguo nombre. ¿De acuerdo? —miró a los ojos de su hijo.

—De acuerdo, papi —afirmó el pequeño con una seguridad que sorprendió a Ildefonso.

"¿Será que es una nueva técnica pedagógica?", se preguntó Ildefonso, decidido a hablar con la profesora Margarita a su regreso de un viaje de trabajo al exterior.

—Bueno, Juan Periquito, acábate esa pizza y volvamos a casa, tu mamá seguro que está esperándonos con impaciencia.

Cecilia, como suponía su esposo, puso el grito en el cielo cuando Ildefonso le comunicó lo sucedido. Pero aceptó que ambos habían enseñado a su

hijo a tomar decisiones. Seguía, sin embargo, reacia a llamar a su único hijo Juan Periquito.

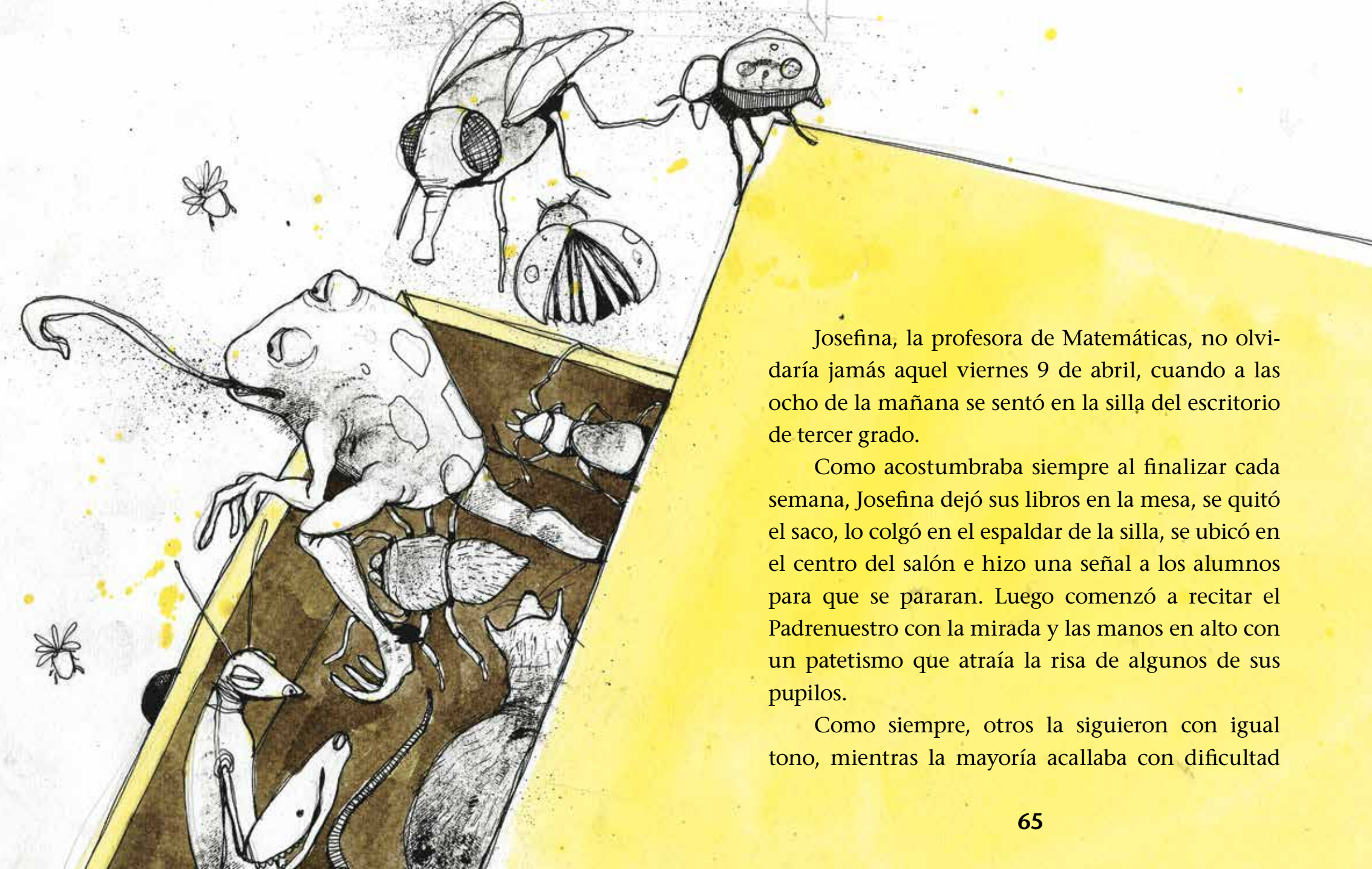
—Bueno, mi amor, ¿última palabra? —preguntó Ildefonso luego de un rato con el humor que lo caracterizaba.

—Si así piensas, quiere decir que a partir de ahora vamos a tener no uno sino dos hijos en casa, uno que se llama Luis Fernando y otro Juan Periquito.

—Tú hablas con Luis Fernando y yo con Juan Periquito. Pero —concluyó con cierta sorna el periodista—, no estoy seguro de que nuestro segundo hijo te vaya a hacer mucho caso.

—Eso lo veremos —se levantó de la mesa Cecilia, disgustada por el tono burlón de su esposo—. ¡Lo que faltaba Dios mío!, los pájaros tirándole a las escopetas. Que el niño imponga las reglas de la casa a sus padres —exclamó mientras iba desapareciendo, echando chispas, escaleras arriba.

Capítulo octavo



Josefina, la profesora de Matemáticas, no olvidaría jamás aquel viernes 9 de abril, cuando a las ocho de la mañana se sentó en la silla del escritorio de tercer grado.

Como acostumbraba siempre al finalizar cada semana, Josefina dejó sus libros en la mesa, se quitó el saco, lo colgó en el espaldar de la silla, se ubicó en el centro del salón e hizo una señal a los alumnos para que se pararan. Luego comenzó a recitar el Padrenuestro con la mirada y las manos en alto con un patetismo que atraía la risa de algunos de sus pupilos.

Como siempre, otros la siguieron con igual tono, mientras la mayoría acallaba con dificultad

las carcajadas. Después de dar gracias al patrono del colegio, elevó sus ojos verdes y unas plegarias en su nombre y encomendó a todos los niños y niñas para que tuvieran un tranquilo fin de semana.

Finalmente, la profesora Josefina se persignó y volvió a su escritorio llena de misticismo y de luz. Pero, en esta oportunidad, la luz fue cubierta por la oscuridad cuando Josefina abrió el cajón en donde reposaba el cuaderno de asistencia; todo se oscureció. Una nube de insectos de las más variadas formas y tamaños brotó del fondo de la madera como por encanto, seguida de una variopinta muestra de bichos de todos los rincones del humedal que colindaba con los potreros del colegio.

El grito de Josefina retumbó pavoroso.

Luego percibió, en medio de la confusión y al lado de un malencarado sapo negro, la delgada y nerviosa cola de un ratón blanco que pugnaba por salir asustado del cajón, de seguro, por el ruidoso recibimiento.

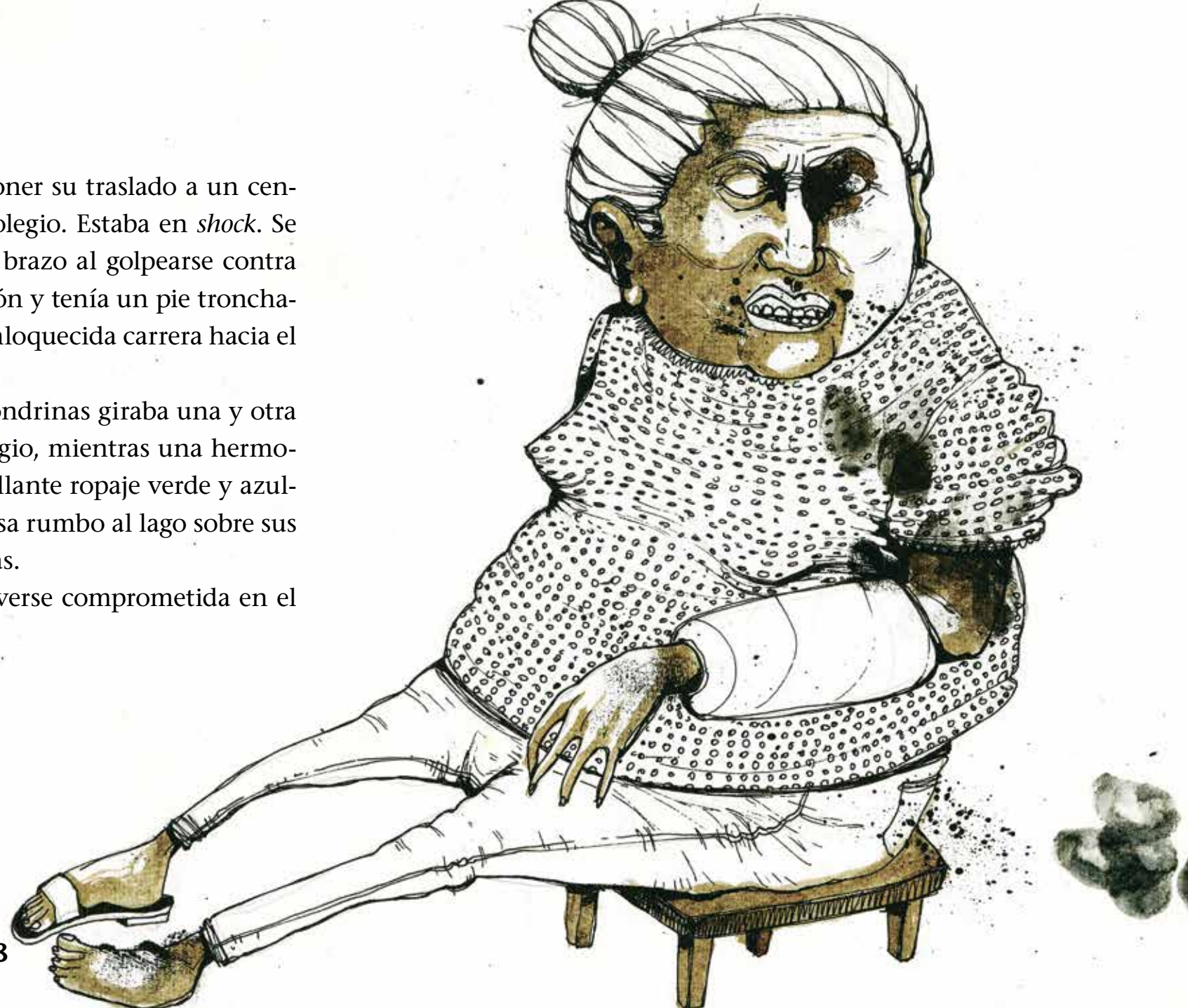
Entonces, la profesora Josefina soltó un berrido interminable que se escuchó a lo largo y ancho de todo del establecimiento y que debió oírse hasta en el humedal. Y no era que los pulmones de la profesora de Matemáticas fuesen algo especial ni que Josefina hubiese sido algún día soprano de ópera; no, la razón era que, en su angustia, la profesora había salido dando alaridos por todos los corredores del colegio y luego por los potreros, rumbo al bosque, sin que nadie pudiera contenerla ya que corría y corría poseída por un pánico y una fuerza incontrolables.

Fue necesaria la participación de varios alumnos del grado once quienes, al ver pasar a su antigua profesora en semejante condición, como alma que lleva el diablo, se apiadaron de ella y se dieron a la tarea de perseguirla por todo el claustro, hasta que lograron inmovilizarla en una esquina del lago del humedal cuando estaba a punto de botarse al agua de la desesperación; luego la llevaron a la

enfermería antes de disponer su traslado a un centro de salud cercano al colegio. Estaba en *shock*. Se había hecho daño en un brazo al golpearse contra las paredes de la edificación y tenía un pie tronchado, seguramente por su enloquecida carrera hacia el humedal.

Una bandada de golondrinas giraba una y otra vez sobre el cielo del colegio, mientras una hermosísima tingua azul, de brillante ropaje verde y azul-violeta, caminaba con prisa rumbo al lago sobre sus larguísimas patas amarillas.

Sin duda, no quería verse comprometida en el problema.



Capítulo noveno

Cuando el padre Antonio, seguido del director de disciplina del colegio entró al salón, luego de un rato, escuchó literalmente el ruido del corazón de los cuarenta y cinco alumnos de tercer grado. Los niños estaban paralizados. Pero no logró arrancarles una sola palabra sobre el autor de la pesada broma.

Convencido de que no hablaban por temor, y deseoso de averiguar por las buenas los nombres de los responsables, pidió a la profesora Margarita, quien entraba en ese momento al salón, que nombrara uno por uno a todos sus alumnos. Según el padre Antonio, al escuchar sus nombres, observarlos de pie y mirarlos a los ojos, descubriría al culpable. Ahí fue cuando el padre Antonio montó en cólera, y no era para menos.

De los cuarenta y cinco que aparecían matriculados, solo siete contestaron a sus nombres de pila, los demás se quedaron sentados cuando la señorita Margarita fue llamándolos en orden

alfabético, clavando la mirada en una lista que temblaba entre sus manos.

—¡¡¡Qué es esto, profesora!!! —gritó el padre Antonio fuera de sí.

—Es que... —titubeó la profesora.

—¿Es que usted no tiene autoridad, señorita? —la acusó el rector— ¿Por qué nadie le contesta?

—Porque ellos, padre —habló más decidida—, no se llaman hoy como aparece ordinariamente en la lista...

—¿Cómo es eso, profesora?, ¿es que sus alumnos cada día se bautizan de una manera diferente?

—Perdón, padre Antonio, déjeme explicarle… —se atrevió a decir, cuando el sacerdote le rapó la lista y comenzó a gritar:

—Álvarez, Juan Ramón.

—¡Álvarez, Juan Ramón! —temblaba de rabia el rector y de miedo el niño nombrado, quien muy cerca del padre Antonio parecía un pajarito a punto de ser ahorcado. Pero permanecía en silencio,

mirando con expresión de angustia a la profesora Margarita quien, al ver la cara de terror del pequeño, se le acercó y le habló con dulzura:

—Dile al padre rector cómo te llamas, mi amor.

El niño, quien además no había tenido nada que ver con la travesura de los insectos ni sabía de su autoría, no salía del pánico, hasta que vio que el rector se le acercó a los ojos y no tuvo más que obedecer.

—¡Que cómo te llamas! —soltó el padre Antonio sobre la cara del pequeño.

—*El día que se jodió Colombia* —alcanzó a oír el rector antes de sentarse, para no caer de la congestión, sobre el escritorio de la profesora Margarita ni sobre un montón de bichitos que no habían tenido tiempo de huir detrás del sapo y el ratón.

—¿Y tú? —señaló al niño de al lado, con un dedo castellano que casi disparaba.

—*Dejémonos de vainas*.

—¿Y tú? —soltó sudando de la ira.

—Osama Bin Laden —exclamó un pequeño, a punto de llorar.

—¿Y tú? —señaló al fondo para cambiar de ángulo.

—*La prostituta respetuosa* —contestó Oriana, quien a pesar de haber escogido un nuevo nombre, como le había prometido a la maestra, del susto lo había olvidado.

—¡¡¡Cómo dijo!!! —pegó un alarido el rector, lanzando al suelo la lista de asistencia cuando la profesora Margarita, decidida a que no se repitiera el nombre de la obra del escritor francés, le salió al paso.

—Es que yo les pedí —alzó la voz la señorita sobre los gritos del sacerdote— que para hoy trajeran nombres de libros que leyeran sus padres y...

—¿Y también les pidió que fueran groseros y malandrines? ¿Y que llenaran este salón de alimañas?... —la cortó el rector.

—No le entiendo, señor rector —alcanzó a decir la profesora. Imaginándose, sin embargo, cuando vio la superficie de su escritorio repleta de zancudos y mosquitos muertos, parte de lo que allí había pasado.

—Pero me va a entender cuando le diga que a menos que se sepa quiénes fueron los bárbaros que atentaron contra la vida de la profesora Josefina, usted y todo este endemoniado tercer grado están expulsados del colegio.

—¿Atentado, padre? —intentó acercársele la profesora Margarita, sorprendida, cuando el rector pasó por encima de ella, congestionado y rumbo a la puerta, en el preciso instante en el cual el blanco y minúsculo roedor encontraba la salida del salón.

La profesora Margarita siguió señalando con el dedo a sus alumnos, como autómata, a ver si así se animaba, antes de preguntar qué había pasado.

—*¿Quién se comió mi queso*?

—Delgadillo, Francisco —contestó un niño—. Mi papá solo lee el periódico y como usted dijo libros —se excusó el pequeño por no haber cambiado de nombre.

—Marín, Rafael —contestó otro—. Es que mi papi no lee nada —agregó con sinceridad.

—*Conversando con los ángeles*.

—*¿Cómo triunfar en la vida*?

—*Manual de autoestima*.

—*Changó, el Gran Putas* —gritó Nicolás, logrando que la tensión bajara y las risas acudieran.

Hasta la señorita Margarita se sonrió levemente, pero tuvo que dejar de reír cuando al salón llegó la asistente del rector con una carta para que la firmara.

—¿Profesora Margarita? —habló un tanto apenada la mujer, quien le tenía un especial aprecio—, aquí le manda el señor rector para que lea esta carta y la firme —terminó ondeando la hoja la secretaria,

desde la puerta y con gran delicadeza, en vista de que la docente no la había mandado pasar y simulaba no haberla oído.

Margarita, que intuía de qué se trataba la misiva, siguió señalando alumnos y escuchando, ahora con alegría, los nuevos nombres de sus pupilos:

—*La Santa Biblia*.

—*Manual contra la impotencia sexual* —anotó una niña—, este no es de mi papi, profe, mi mami lo guarda en la cartera y solo lo lee cuando mi papi sale para la oficina —agregó.

La mujer, al ver que la profesora Margarita no le ponía atención decidió, con miles de disculpas, entrar al salón y avanzar hasta el escritorio, en donde aún permanecía el cementerio de insectos.

—Señorita Margarita, por favor firme aquí, que el padre ya debe estar impaciente —colocó la hoja, con suavidad, frente a los ojos de la profesora, luego de correr con el papel algunos bichos.

La profesora la leyó sin tocarla y siguió dirigiéndose a los niños con la mirada. Y estos respondiendo:

—*Play Boy*, pero no es un libro, profe, sino una revista con señoritas sin ropa que le encontré a mi papi —dijo una pequeña.

De pronto, al entender que la señorita Margarita pretendía ignorarla, la secretaria del rector tomó aire, subió la voz y exclamó:

—¿Usted no es la profesora Margarita Garavito Pérez?

—No —contestó terminante la profesora sin apartar los ojos de sus alumnos—. No —enfatizó mirando a la mujer a la cara, fijamente.

—Nooo. ¿Y entonces cómo se llama? —subió la voz la mujer, quien ya estaba un tanto molesta por la actitud de la profesora.

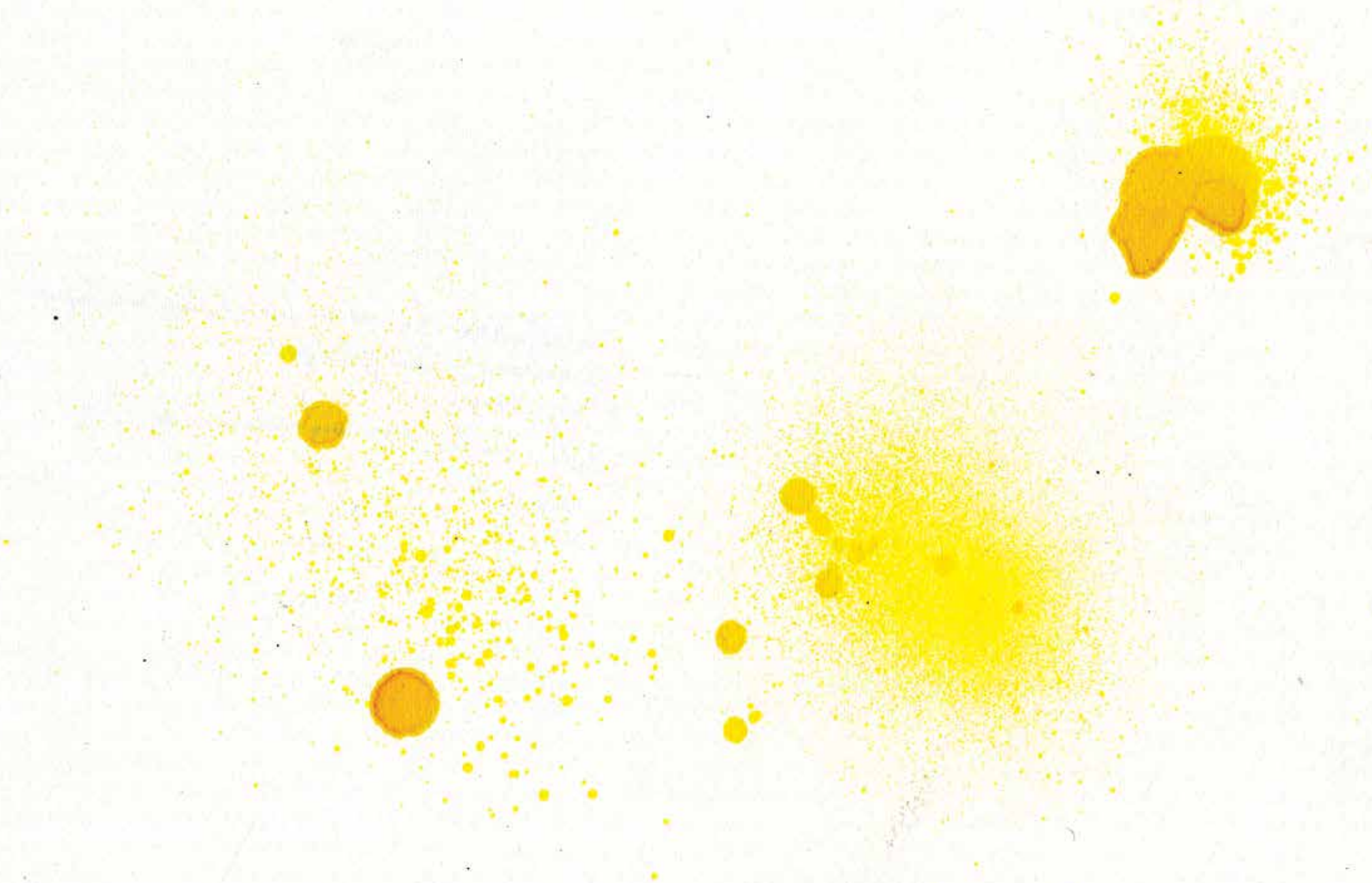
Por fin, luego de unos instantes y sin que se le moviera un solo músculo, la profesora Margarita

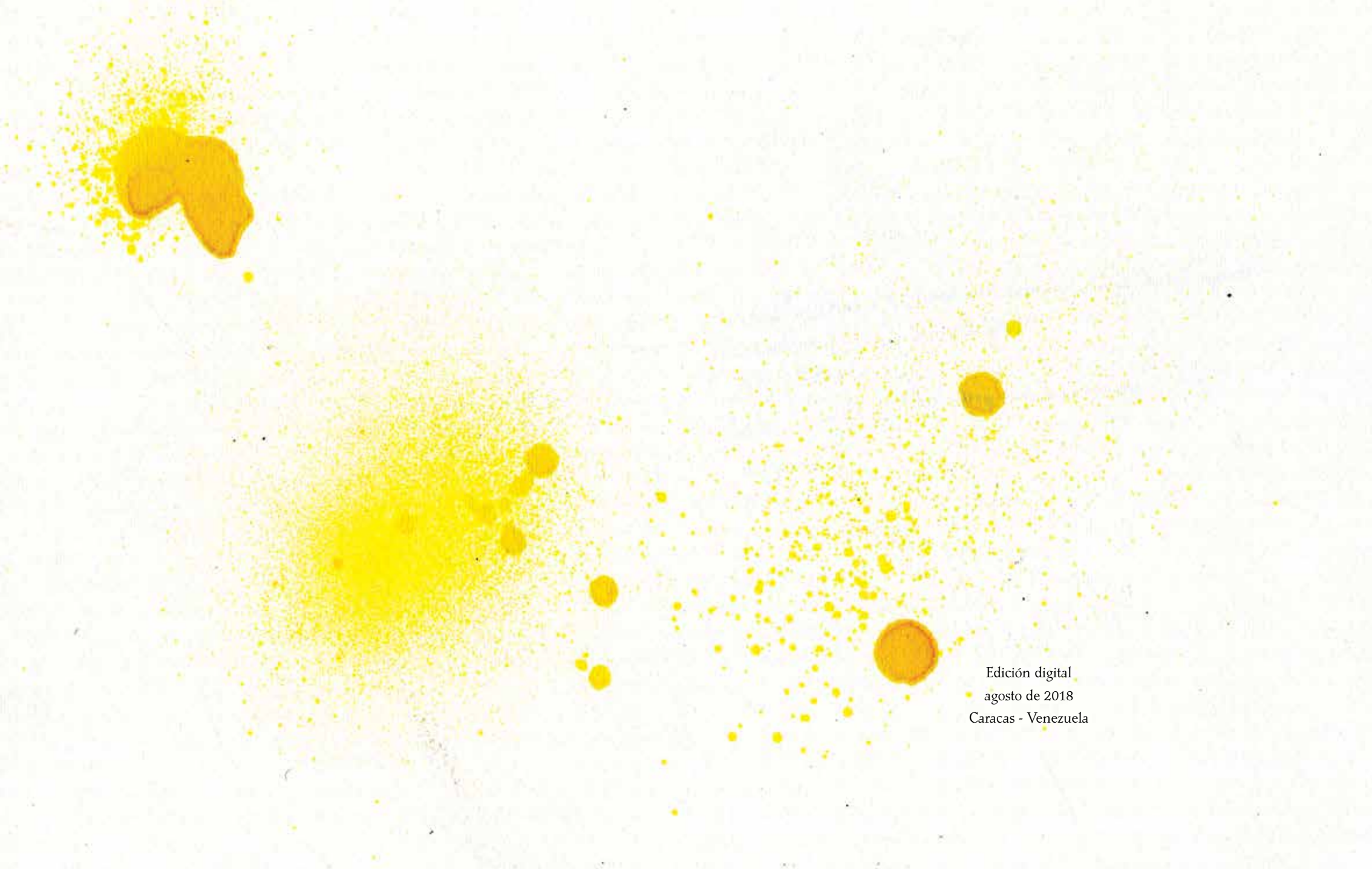
miró a Juan Periquito con mucho cariño y exclamó con decisión:

—Yo me llamo Manuelita Sáenz.

Índice

Capítulo primero	7
Capítulo segundo	15
Capítulo tercero	25
Capítulo cuarto	31
Capítulo quinto	39
Capítulo sexto	47
Capítulo séptimo	57
Capítulo octavo	63
Capítulo noveno	71





Edición digital
agosto de 2018
Caracas - Venezuela

Cuento

He aquí la historia de un niño que de un momento a otro decide cambiarse el nombre. Ya no quiere ni acepta llamarse más Luis Fernando, sino que informa a todos su nombre verdadero, el que ha elegido en su derecho de ser él: Juan Periquito. Este niño desencadenará una interesante reacción en el salón de la maestra Margarita, quien poco a poco irá perdiendo el control de la situación, cada vez más disparatada. Juan Periquito no dejará de defender su derecho a ser llamado por el nombre que decidió, y quizá más de uno siga el ejemplo de este niño y se aventure a usar nombres incluso más extraños y atrevidos.

Luis Darío Bernal Pinilla (Colombia, 1950)

Abogado, escritor, poeta y crítico. Promotor de lectura y estudioso de la literatura para niños y jóvenes. Ha sido merecedor de premios en Venezuela, Colombia y otros países de América Latina en los géneros de cuento, novela, poesía y ensayo. Entre sus obras publicadas destacan: *Catalino Bocachica* (Premio Nacional de Literatura Infantil, 1979), *La batalla de la luna rosada* (mención en el Premio Internacional Casa de las Américas, 1990), *Rimas y bromas para Maromas* (mención en el Premio al Mejor Libro Infantil, Colombia 1991), entre otros.

Richard León Leonice (Maturín, 1985)
Luis Camilo León (Caracas, 2010)

Richard es artista plástico egresado de la Escuela de Artes Plásticas Eloy Palacios, mención Escultura, disciplina en la que se está especializando en la Unearte. Luis Camilo es su pequeño hijo, quien también participó en la ilustración de este libro.

9 789880 143304

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura